

# La esencia de la metáfora \*

*por*

*Federico Schopf*

Para Félix Martínez Bonati como testimonio de admiración y gratitud.

## INTRODUCCIÓN

La descripción de la esencia de la metáfora que aquí se intenta, no constituye la satisfacción última del impulso que preside este trabajo, sino el necesario intermediario para obtener la aparición íntegra del fenómeno, concreto y descubierto ante nuestros ojos, que así logra advenir al asombro de lo real, es decir, a la culminación del esfuerzo genuinamente filosófico.

Las breves consideraciones de la primera parte pretenden ejemplificar el tratamiento que habitualmente ha sufrido la esencia de la metáfora en manos de retóricos, críticos y filósofos ingenua o "científicamente" reflexivos. Pero no todas las aproximaciones han revestido este carácter. Junto a ellas existen otras que han

\*Este ensayo fue escrito a comienzos de 1964 y resumía —en un lenguaje adecuado a la índole de esta revista— los resultados de una investigación emprendida por esos tiempos. Reflexiones posteriores han logrado describir con más precisión el sentido del fenómeno en vista, a la vez que han permitido el acceso a una visión del lenguaje que parece prometer muchos frutos. Por otra parte, los resultados de estas reflexiones han logrado vincularse con concepciones de la obra literaria que demuestran su verdad al cumplir sus estructuras en la intuición del objeto.

Se ha preferido, no obstante, conservar este texto ajeno a esos logros, que legítimamente pertenecen a otro momento, sin duda también transeúnte.

iluminado parcialmente con gran profundidad el fenómeno —ligada a nombres tan ilustres como Aristóteles y Giambattista Vico. Su exposición, que requiere en cada caso una prolongada exégesis, rebasa las intenciones de este trabajo.

La segunda parte aspira a describir la esencia de la metáfora. No se han consignado en ella todos los esfuerzos que requiere la liberación efectiva de su objeto, la suspensión de la experiencia de tal manera que deje intocada su condición de realidad originaria y abra con ello la posibilidad de determinar su esencia auténtica —como fenómeno de la conciencia natural.

Tampoco se ha visto la necesidad de exponer teóricamente que en la determinación de esta esencia (y de cualquier otra) el lenguaje filosófico es un lenguaje en el cual coinciden y son lo mismo la esencia de la cosa, la significación y la expresividad de los signos. Y no se ha visto porque la exposición de la esencia y su ulterior concretización en la tercera parte de este trabajo tiende a hacer evidente la verdad de esta coincidencia.

Finalmente, la claridad y distinción de términos (y cosas) tales como esencia, acontecimientos, conciencia natural, significaciones, se obtendrá en el tratamiento mismo de las cosas. Los aciertos o deficiencias de nuestra empresa se harán claros cuando al volcarnos de nuevo en la experiencia, el descubrimiento u opacidad de ésta, nos indique la adecuación o fracaso de nuestra esencia.

## I

### LAS RESPUESTAS OCULTANTES DE LA ESENCIA

#### I. LA RESPUESTA RETORICA: LA METÁFORA COMO MECANISMO LINGÜÍSTICO

La metáfora es un acontecimiento cuya peculiaridad —aún cuando no se sepa teóricamente su ser— se advierte ya en la conciencia natural. De la metáfora se ha hablado extensamente y

desde diversas perspectivas. No intento hacer una historia de su tratamiento —por fortuna inabarcable—, pero sí señalar algunos momentos que preparan el enterramiento en que se halla actualmente su esencia. Ya Aristóteles, en la primera poética conocida, se refiere a ella como “transferencia del nombre de una cosa a otra”<sup>1</sup>. Pero esta definición no nos dice qué es ella como objeto o fenómeno dado en la conciencia natural, sino que nos explica su fundamento lingüístico. Es decir, la respuesta de Aristóteles nos describe la estructura de lenguaje que, en un sentido, soporta el fenómeno advertido por la conciencia natural<sup>2</sup>. Aristóteles habla también de la metáfora en su *Retórica*, pero sin trasladar su esencia a esta disciplina y entendiéndola sólo como un procedimiento utilizable en ella. Aporta, además, algunas caracterizaciones que prueban que tuvo un contacto original con el fenómeno<sup>3</sup>. Retóricos posteriores repitieron la definición de Aristóteles y algunas de sus caracterizaciones, tomándolas unos de otros y

<sup>1</sup>Aristóteles, *Poética*, 1457b, cap. 21. Se cita por la trad., en general inrecomendable, de J. D. García Bacca, México, U.N.A.M., 1946.

<sup>2</sup>La necesaria distinción que aquí hacemos entre la metáfora como fenómeno de la conciencia natural y sus fundamentos ónticos, es análoga, a la distinción que Félix Martínez Bonati establece entre la obra literaria como fenómeno de la experiencia estética y la obra literaria como estructura óntica que permite la aparición del fenómeno estético. En la Introducción de *La estructura de la Obra Literaria* (Stgo., Ed. Universitaria, 1960), obra inusual en nuestro medio por su rigor y profundidad de visión, expone abundantemente Martínez Bonati esta distinción. La esencial diversidad de ambos objetos: la metáfora como objeto de experiencia natural y la metáfora como estructura de lenguaje, se hace evidente al observar que esta última se da sólo en la conciencia en actitud reflexiva. En ocasiones, esta conciencia reflexiva que, apartándose de su propia experiencia, procura describirla, confunde inadvertidamente la esencia del fenómeno dado a la conciencia natural, la metáfora, con la esencia de su fundamento lingüístico, es decir, con la esencia de otra cosa. Una consideración del lenguaje que se hiciera cargo de ambos objetos y sus respectivas esencias, contribuiría en no poco a aclarar y eliminar gran cantidad de problemas. Parcialmente, se ha preocupado de esto H. J. Pos en “Phénoménologie et Linguistique” (*Revue Internationale de Philosophie*, 1, 2, 1939, pp. 354 y ss.).

<sup>3</sup>Cf. Aristóteles, *Retórica*, espec. 1404b, 1405, 1405b, 1406, 1407, 1408a, 1410, 1412, etc. Se ha utilizado la ed. de Antonio Tovar, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1953.

casi nunca de su fuente natural<sup>4</sup>, pero cometieron el error de trasladar la esencia de la metáfora a su propia disciplina, la retórica. Vehículo de esta traslación insensible ha sido el carácter técnico que ha adquirido el nombre del fenómeno —que en sí mismo no es técnico, sino natural, aunque *producible* por arte— al ser traducido a otras lenguas. *La metáfora, en efecto es un fenómeno que adviene en la conciencia natural y que, aún más, es percibido por ésta en su diversidad.* Pese a que no es un argumento teórico, para probar esto puede citarse por el momento el constante reclamo de los poetas de que no crean en actitud artificial sus metáforas —sus obras— sino, como Platón dice, poseídos por las musas<sup>5</sup>. Por otra parte, las llamadas metáforas “lexicalizadas” —es decir, las que ya no son metáforas, porque no se percibe su diversidad, como “los brazos” del río, los “senos” del mar, los “dientes” de la sierra o la peineta, etc., también han surgido originalmente como metáforas en la conciencia natural. Sin embargo, la metáfora puede también producirse artificialmente, pero esto no quiere decir que coincida su esencia como metáfora con la técnica en cuestión: la retórica. La esencia de esta disciplina —según se desprende de las agudas reflexiones de Aristóteles y de las técnicas posteriores<sup>6</sup>— es otorgar los medios para hacer aparecer algo como verdadero, pudiendo o no serlo efectivamente, y a esta actividad es ajena la metáfora como fenómeno de la conciencia natural, puesto que ella es, como expon-dremos ampliamente, *un modo peculiar de acontecer la verdad.* Para elevar a claridad provisional esta tesis, insistamos en que en el tratamiento de la metáfora —sobre todo en los intentos por

<sup>4</sup>Antonio Tovar en el Prólogo de su ed. da una instructiva reseña del destino de esta obra de Aristóteles. Se encuentra allí también una amplia bibliografía.

<sup>5</sup>Platón habla de esto, por ejemplo, en el Ion, donde Sócrates insiste en la inferioridad del poeta técnico frente al entusiasta.

<sup>6</sup>Es decir, que Aristóteles nos proporciona un pensamiento acerca de la Retórica, en tanto que los retóricos sólo nos entregan sus *corpus* como objeto para nuestras reflexiones.

determinar su esencia— se han confundido dos niveles distintos de la amplia realidad que se denomina con el nombre de metáfora: aquél en que es una estructura especial de lenguaje. —que es, sí, objeto de una técnica, el *saber hablar*, y puede ser producida una vez conocidas sus reglas<sup>7</sup>— y aquél en que es una intuición de la conciencia natural.

La reducción de la retórica, pues, desligó la metáfora de la conciencia natural —aún cuando ella la usó y seguirá usando—, trasladó su esencia a la esencia de su propia disciplina —con lo cual hizo del saber metafórico un artificio esencialmente consciente— y, siguiendo a Aristóteles, la explicó en referencia a su fundamento lingüístico, perdiéndola de vista como fenómeno de la conciencia natural<sup>8</sup>. La fatigada tradición retórica logró, en suma, hacer de la metáfora *otro objeto* que el de la conciencia natural y poética, y dio lugar a opiniones generalizadas que, como la de Housman a fines del siglo pasado, entendían la metáfora como mero adorno, ornamento del todo inesencial para la poesía. Lo cual sin duda es cierto, pero en un sentido diverso a como lo propone Housman: la imitación poética, la literatura, en efecto, no necesita de la metáfora para ser poesía, pero una metáfora sí puede ser imitación poética. Otro tanto ocurre con el resto de la afirmación: la metáfora puede ser usada como adorno, pero su uso en un discurso determinado como adorno no da cuenta de su esencia como metáfora. Lo que, en todo caso, interesa señalar es que las negociaciones de Housman fueron posibles

<sup>7</sup>“Producida” tiene aquí el sentido de ‘ser hecha siguiendo conscientemente reglas aprendidas, técnicas normativas’. En este punto es instructiva la exposición de H. J. Pos, op. cit. Vid. también de G. E. Leibniz, “Del conocimiento de la verdad y de las ideas”, en *Monadología / y otros ensayos /*, Madrid, Bibl. Económ. Filosófica, 1882, pp. 103-116. Trad. de A. Zozaya.

<sup>8</sup>Es decir, como fenómeno de la experiencia inmediata. Se insiste en que se trata de describir la esencia del fenómeno dado a la conciencia natural como metáfora, porque la estructura de lenguaje que le soporta también puede ser objeto de intuición, pero de la conciencia en actitud reflexiva.

porque tenía en vista la metáfora de los retóricos (y de los malos poetas, que se fundan en aquéllos o suelen ser los mismos) y no la metáfora auténtica, encubierta a sus ojos por la otra<sup>9</sup>. Pero ya la lectura de poetas tan metafóricos como Federico García o Luis de Góngora —“para llegar a él hay que estar iniciado en la Poesía y tener una sensibilidad preparada por lecturas y experiencias”, al decir del propio Lorca<sup>10</sup>— hacen claro lo errado y precario de este tipo de opiniones.

## 2. LAS RESPUESTAS PSICOLÓGICAS Y ANTROPOLÓGICAS

### 2.1. *La respuesta del origen psíquico*

Por su parte, ciertas filosofías del lenguaje —surgidas de la multiplicación de las ciencias humanas, de la antropología que ha confundido esferas, del psicoanálisis que ha borrado fronteras, de la filosofía deformada en sus principios por el historicismo, etc.<sup>11</sup>— han intentado rescatar a la metáfora del enterramiento mencionado, pero en su lugar han propuesto soluciones igualmente ocultantes y a menudo mucho más peligrosas por la de-

<sup>9</sup>Housman no era, en verdad, sino uno de los voceros del momento en que se detracta esta comprensión de la metáfora como ornamento, que era entendida, sin más, como la metáfora natural y que había sido exaltada antes por los retóricos, sobre todo durante el neoclasicismo. La opinión de Housman está citada por Cleanth Brooks en “Tradition and Metaphor” incluido en su libro *Tradition and Modern Poetry*.

<sup>10</sup>Federico García Lorca, “La imagen poética en don Luis de Góngora”, en *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1960, p. 79.

<sup>11</sup>No quiero desconocer con esto los méritos intrínsecos de estas disciplinas en sus propias esferas, que a menudo los investigadores a ellas dedicados transpasan. Estas “ciencias” y estas “filosofías” han descubierto efectivamente toda una zona de la realidad y la historia humanas. Pero el aparato conceptual que en ellas se maneja —que va desde las concepciones e instrumental positivistas hasta los vagos conceptos de los psicólogos e historiadores del espíritu— es insuficiente para describir la zona y más bien la deforman. Contrariamente a esto, véase, por ejemplo, el profundo sentido que la reflexión histórica alcanza en Giambattista Vico, *Ciencia Nueva* (en cast. ed. completa de Bibl. de Iniciación Filosófica, Madrid-B. Aires, Aguilar, 1956. Trad. de M. Fuentes).

carlo en atención a su origen psíquico, es decir, en atención a otra cosa que lo que es él mismo. Nuevamente, pues, se ha ocultado la esencia del fenómeno.

## 2.2. *La respuesta que identifica la metáfora con la esencia del lenguaje*

Incluida en las posiciones que exaltan el valor de la metáfora, se encuentra también aquella que la coloca en la base del lenguaje como su fundamento y origen<sup>14</sup>. En los medios de habla española ha sido, entre otros, el poeta Pedro Salinas quien —en su ensayo “Una metáfora en tres tiempos”<sup>15</sup>— ha dicho que “el lenguaje es metáfora y la metáfora es lenguaje”. Pero esta posición, teóricamente insostenible, ni siquiera atiende al hecho de la diversidad fenoménica de la metáfora y el resto del lenguaje. Si entiendo bien a Salinas —y con ello toda la posición de que procede—, el lenguaje sería metafórico porque todos los términos estarían lingüísticamente usados en sentido impropio<sup>16</sup>. Pero esto abre de inmediato el problema de saber con respecto a qué objetos sería el lenguaje usado en sentido propio, si de un modo previo es básicamente metafórico. ¿Qué daría, en efecto, la pauta para la distinción, en el lenguaje, entre lo que es metafórico y lo que no es? ¿Serán impropios los objetos de nuestro lenguaje

<sup>14</sup>El representante más destacado de esta posición es Ernst Cassirer —notable por muchos conceptos— que ha insistido en ver la metáfora en el origen del lenguaje y el mito. Vid. su *Lenguaje y Mito*, B. Aires, Ed. Galatea-Nueva Visión, 1959 y su *Antropología Filosófica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1951, cap. sobre Lenguaje.

<sup>15</sup>Pedro Salinas, “Una metáfora en tres tiempos”, en *Ensayos sobre Literatura Española*, Madrid, Aguilar, 1958.

<sup>16</sup>Así describen a la metáfora las definiciones escolares y retóricas. Escojo como ejemplo de nuestro medio la definición que se incluye en la divulgada *Técnica Literaria* (Stgo., Ed. Nascimento, 6ª ed. 1952) de Eduardo Solar Correa: “Consiste en... trasladar el significado de una palabra a otra en virtud de la semejanza que existe entre... sus objetos”.

cidida atracción que sobre nuestros oídos ejerce la cautivadora novedad de sus materias, que requerirían de un análisis más fino para poder mostrar la plenitud de su verdad. Herman Pongs, por ejemplo, que no supo ver la profundidad de su fuente, Giambattista Vico<sup>12</sup>, habla de la metáfora como fenómeno desligado de su fundamento lingüístico (en su terminología, de la metáfora como *imagen*), pero no se refiere a su estructura y a su diferencia con respecto a otras imágenes —las “meras imágenes”— sino a su “origen” en las distintas “zonas” de la psique, de acuerdo a las cuales procede a jerarquizarlas en *imágenes originarias*, de gran valor poético porque nos mostrarían lo visto por la humanidad a través de su experiencia secular, imágenes que han revelado ciertos poetas privilegiados por el acceso a este mundo, y las imágenes sólo *particulares*, de reducido valor poético, porque nos mostrarían angustias y resoluciones limitadas meramente a lo inesencial<sup>13</sup>.

Aún cuando Pongs ha logrado dar el salto hacia el fenómeno no describe su propia estructura y pretende, en cambio, expli-

<sup>12</sup>Hermann Pongs, “La imagen poética y el Inconsciente”, en *Psicología del Lenguaje* (vol. colectivo), B. Aires, Ed. Paidós, 1952, pp. 88-119. Con respecto a Vico, vid. op. cit.

<sup>13</sup>Esta idea procede del profundo psicólogo C. G. Jung y ha sido expuesta en varios de sus libros. Dentro de la indistinción fenomenológica de sujeto y objeto, el contenido de este tipo de vivencias es, sin duda, distinto del de otras. Lo problemático es la atribución de esta diversidad a su “origen” (procedencia material) en una zona “heredada” de la psique. Con este proceder acaso rinda Jung tributo a varias herencias del naturalismo. Por otro lado, si entiende bien a Jung, el valor de las imágenes se mide en atención al grado de universalidad de las situaciones objetivadas en dichas imágenes. Lo particular aquí se identifica con lo inesencial, lo cual no significa que lo universalmente valioso no se dé en lo concreto, ya que éste es el único lugar en que se encuentra. Le corresponde al poeta de inspiración aguda revelar las imágenes originarias (Urbild). Entre los libros de Jung pueden consultarse con provecho para este problema, entre otros, *Psicología y Alquimia*, B. Aires, Santiago. Rueda, 1957; *Lo Inconsciente*, B. Aires, Ed. Losada, 1938; y sobre todo el ensayo “Psicología y Poesía” en *Filosofía de la Ciencia Literaria* (vol. colectivo), México, Fondo de Cultura Económica, 1946, pp. 335-352.

## 3. LA RESPUESTA DE LA CONCIENCIA INGENUAMENTE REFLEXIVA

Encerrada en sus comprensiones inmediatas, en sus aparentes evidencias, de las cuales nunca duda, la conciencia natural también se da una respuesta, pero ella tampoco constituye una descripción satisfactoria y, al revés, no hace más que tender un espeso velo sobre la profundidad de la intuición original. La conciencia natural, en efecto, advirtiendo que en la comunicación capta objetos<sup>16</sup>, no ve en el fenómeno del lenguaje más que una forma de expresión o referencia, un conjunto de palabras que indica directamente a los objetos, comprendiendo así el lenguaje dentro de la sencilla relación de "la expresión" y "lo expresado", que confunde actos esencialmente distintos y altera, de este modo, sus verdaderas conexiones. Ahora, al preguntarse por la metáfora, "se le hace evidente" que la diversidad radica en la expresión, en la palabra, puesto que a primera vista es en ella donde se encuentra lo especial, es ella la que está utilizada de

---

tenemos un noumeno en sentido *negativo*. Pero si entendemos por noumeno *un objeto de una intuición no sensible*, entonces admitimos una especie particular de intuición a saber, la intelectual, que no es, empero, la nuestra, y cuya posibilidad no podemos conocer; y éste sería el noumeno en sentido positivo [...]. Pero en último término no es posible emprender la posibilidad de esos noumenos y lo que se extiende fuera de la esfera de los fenómenos es (para nosotros) vacío, es decir: tenemos un entendimiento que, *problemáticamente*, se extiende a más que los fenómenos, pero no tenemos ninguna intuición, ni siquiera el concepto de una intuición posible, por medio de la cual, fuera del campo de la sensibilidad, pudieran dárseos objeto y pudiera el entendimiento ser usado *asertóricamente* más allá de la sensibilidad. El concepto de noumeno es, pues, sólo un *concepto-límite*, para poner coto a la pretensión de la sensibilidad; tiene, por tanto, sólo un uso negativo. [...] A los noumenos... no se les puede determinar objeto alguno y no es posible, por tanto, darlos por objetivamente valaderos" (Kant, *Crítica de la Razón Pura*, Doctrina Transcendental del Juicio, Tercer Capítulo. Trad. de M. García Morente, Madrid, 1928).

Pero esta posibilidad es seguramente ajena a la reflexión de Salinas.

<sup>16</sup>Objetos que son el resultado del cumplimiento de las significaciones en los datos de la intuición.

y estarán los propios acaso extraviados en las espesas nieblas de la interpretación que dan Cassirer y otros de lo mítico-mágico? Pero nosotros entendemos más bien que el lenguaje es un fenómeno de nuestra existencia, es objeto de experiencia actual, cuya esencia —como metáfora o como lenguaje— no puede estar en su historia simplemente porque como hablantes no sabemos tanta historia como Cassirer, es decir, porque su esencia no puede residir sino en sí mismo. Es evidente que el punto de vista de Salinas y Cassirer desconoce la diversidad fenoménica de lenguaje y metáfora y confunde la consideración actual del fenómeno con la pregunta por los orígenes “históricos”. Responde, por ellos, inadecuadamente a la pregunta por la esencia del fenómeno advertido por la conciencia actual con una imprecisa y contradictoria descripción de una imposible identidad originaria entre metáfora y lenguaje.

Por otra parte, el hecho de que ciertas metáforas tiendan a “lexicalizarse”, es decir, a desaparecer como metáforas y sigan siendo, no obstante, lenguaje, muestra que la significación ‘propia’ es la esencia de toda palabra —y, por cierto, la esencia de las “metáforas” lexicalizadas. Dicha significación ‘propia’ es también la condición posibilitadora de la metáfora *como estructura de lenguaje* (es decir, estructura significativa), y, en otro sentido, la condición posibilitadora de la metáfora *como fenómeno de la conciencia natural*, al permitir a ésta el acceso a la objetividad vista. Pero una aclaración mayor de estas perspectivas sólo es posible cuando estemos “de vuelta” del camino hacia la metáfora, una vez que hayamos firmemente ganado los conceptos verdaderos<sup>15b</sup>.

<sup>15b</sup>Una última posibilidad de comprender la afirmación que identifica la metáfora y el fundamento del lenguaje estriba en considerar metafórico el lenguaje porque nombraría los ‘fenómenos’ y no las ‘cosas en sí’, los ‘noumenos’, pero a partir de una semejanza con los noumenos. Pero —como dice Kant— “si por noumeno entendemos una cosa, *en cuanto esa cosa no es objetivo de nuestra intuición sensible*, y hacemos abstracción de nuestro modo de intuir-la,

modo inhabitual, la que indica otro objeto que el que nombra usualmente. La conciencia natural contradice, así, de manera inadvertida su propia intuición de la metáfora, en que es percibida la diversidad fenoménica de ésta. El desplazamiento de la atención de la conciencia natural hacia este fenómeno del nombrar, constituye el origen de gran parte de los ocultamientos técnicos y "científicos" posteriores<sup>17</sup>.

## II

### DESCRIPCION DE LA ESENCIA

#### 4. NECESIDAD DE ELABORAR ADECUADAMENTE LA PREGUNTA POR LA ESENCIA

¿Qué es, pues, la metáfora? Esta rápida revisión ha hecho evidente que para evitar las sucesivas desviaciones mencionadas,

<sup>17</sup>Al distinguir expresión y expresado, palabra y cosa y entender que la una indica lo otro, se desconoce la existencia de una esfera primordial, la significación del signo, de la palabra, que es justamente la que le da el carácter de lenguaje a la palabra o signo. En efecto, las palabras significan, expresan significaciones y en virtud de dicha significación son lenguaje. Aun más, la significación es la que funda el carácter de signo, de lenguaje de una materialidad (en verdad, de la estructura ideal de esa materialidad), porque le otorga capacidad expresiva, capacidad significativa, susceptible de un posterior cumplimiento intuitivo. Un breve ejemplo de esto, es decir: "en la pieza vecina hay un gato". Si acaso el lenguaje fuera expresión de objetos, efectivamente tendría que encontrarse en dicha pieza un gato. Y, sin embargo, puede no ocurrir así. No obstante, esa frase tiene significación, sólo que no cumplida intuitivamente. Ahora, el lenguaje de la comunicación del diálogo corriente se cumple intuitivamente casi siempre y sus significaciones se realizan fluidamente en objetos. Por eso, la conciencia ingenua entiende sin más que el lenguaje es la *expresión que indica objetos*. Curiosamente, Crose incurre en esta indistinción de actos al identificar intuición y lenguaje. Una aclaración más extensa de estas estructuras, cuya descripción con nociones que no les convienen las deforman, se obtiene en las citadas Primera y Cuarta Investigaciones Lógicas de Husserl. Enriquecedora es también la lectura de W. Bröcker y J. Lohmann, "Vom Wesen des sprachlichen Zeichens", en *Lexis* (Band 1, 1948), pp. 24-33. Una versión modificada del mis-

es menester elaborar la pregunta adecuadamente, es decir, saber dirigirla en dirección de lo buscado<sup>18</sup>.

Pero, ¿qué es lo buscado? Preguntamos por la metáfora, concretamente por su esencia como metáfora. La aclaración de la dirección de la pregunta hace evidente que las respuestas mencionadas anteriormente no contestaban esta pregunta sino otras, es decir, son posiblemente verdaderas, pero con respecto a otras cosa —el fundamento lingüístico de las metáforas, sus orígenes psíquicos, sus contenidos históricos, etc.— y la búsqueda de su verdad ha de efectuarse en sus respectivas esferas. En estas respuestas se pone de manifiesto una inadecuación entre el sentido de la pregunta (que interroga por la esencia de lo intuido en la conciencia natural) y las respuestas mismas (que corresponden en verdad a otras cosas y fueron entendidas como respuestas acerca de la esencia, por cierto, en virtud de un concepto errado de esencia). El desarrollo de nuestras reflexiones ha hecho claro, además, que en el tratamiento del problema se confundían una y otra vez dos niveles del “complejo” en que se da la metáfora a la conciencia observadora: aquél en que es ella un fenómeno de la conciencia natural, cuya esencia está por averiguar, y el nivel de su fundamento lingüístico, de los mecanismos o estructuras lingüísticas —correspondientes al acto comunicativo de la metáfora— que posibilitan su aparición como acontecimiento de la conciencia natural. Ahora, ambos niveles tienen sin duda sus correspondientes estructuras. Pero lo buscado por la pregunta es la esencia de la metáfora. ¿En cuál de estos dos niveles reside? Aparentemente, el origen de la metáfora es el acto comunicativo —aparentemente, allí reside la esencia—, ya que de allí surge en

---

mo ensayo apareció anteriormente en *Acta Lingüística* (III, fasc. I, pp. 23-30, 1942-43).

<sup>18</sup>Sobre la necesidad de una elaboración adecuada de la pregunta, vid. M. Heidegger, *Ser y Tiempo*, Introd. & 2. He manejado la trad. de J. Gaos, México, Fondo de Cultura Económica, 1951.

la conciencia que se comunica, en la conciencia "que escucha". Pero este es un engaño en que cae la conciencia natural ingenuamente reflexiva, que se abandona a lo más fácil — a un modo especial de causa— y a la ambigüedad de sentido de palabras como "origen". Pero preguntar por el origen significa aquí preguntar por aquello que está en la base del fenómeno y lo sustenta, por aquello que lo constituye como tal y que, aunque de otro modo, es el origen de las estructuras del lenguaje que lo comunican. Preguntar por el origen de la metáfora es preguntar por su esencia. La pregunta por la esencia es así una pregunta radicalmente distinta de la que se satisface describiendo el proceso del acto comunicativo de metáforas, e interroga por algo mucho más básico, a saber: por *lo* que posibilita el hacer las restantes preguntas en torno a la metáfora.

5. LA RESPUESTA POR LA ESENCIA COMO DESCUBRIMIENTO DE LA ADECUACIÓN DE LA COSA Y EL INTELLECTO. LA METÁFORA COMO DESPLIEGUE ANALÍTICO DE LA VERDAD

Y, sin embargo, la conciencia ingenua tiende a contestar esta pregunta con la narración del acto comunicativo, colocando así la esencia de la metáfora en lo que ella llama "expresión" —y que, como vimos, deforma la realidad de los procesos que conducen el advenimiento de la metáfora como fenómeno. Pero esta respuesta ingenua es, como también vimos, un engaño, porque la metáfora es una objetividad, un acontecimiento visto por la conciencia natural y su esencia, por esto, no puede residir en el acto que la comunica, que la da a conocer a otra conciencia, sino en ella misma como fenómeno dado a la conciencia. En este sentido, la pregunta por la esencia de la metáfora como fenómeno de la conciencia natural, se responde adecuadamente diciendo que es ella *la operación "ante los ojos" del carácter verdadero —en el modo de la adecuación evidente— de la atribución de aspectos —ca-*

*tegorías— a una cosa*; es ella el despliegue analítico del acto que muestra la verdad, la evidencia del carácter verdadero de una atribución. La intuición metafórica es la intuición del acontecer de una verdad en el modo del ver el acto de adecuación de las categorías (“fantasmas”) de la conciencia con la “realidad” de la cosa. En las intuiciones corrientes, no metafóricas, aparecen sin más los objetos como supuestamente verdaderos, pero no aparece en la intuición misma, ante los ojos, como objeto de intuición, la verdad como descubrimiento de la adecuación operante *rei et intellectus*. En la intuición metafórica, en cambio, el objeto de la intuición es, precisamente, el acontecimiento del ser verdadero de ciertos aspectos, *que no se destacan* en la intuición corriente y, lo que es decisivo, que no se destacan *como verdaderos*. Por esto, la conciencia natural *asiste “asombrada”* a la aparición de la metáfora: porque en ella se produce ante los ojos la coincidencia de la atribución con los aspectos pertinentes de la cosa. Al describir esta estructura —a la que cabría agregar otras determinaciones también necesarias— se está, pues, describiendo la esencia de la metáfora como fenómeno de la conciencia natural. La esencia de ella es este modo de acontecer la verdad.

Pero, ¿de qué verdad se habla aquí? La metáfora revela, ciertamente, el acontecer de una verdad. Pero, ¿en qué grado son esenciales estas revelaciones, estas “verdades”, a la cosa misma, a la cosa real? O dicho de otro modo: ¿en qué sentido es ontológicamente o empíricamente verdadera la metáfora? Mas, al preguntar así, nos ponemos ya en otra perspectiva que la que corresponde a describir el fenómeno de la conciencia natural y su peculiaridad (advertida) como acontecimiento. Al adoptar esta nueva actitud, preguntamos por la esencialidad de lo mostrado en este acontecimiento —la metáfora— con respecto a la cosa real. Ahora bien: eso hay que interrogarlo en cada caso. Aun cuando la esencia de la metáfora sea el mencionado acontecer de la verdad de una atribución,

la esencialidad de esta verdad con respecto a la cosa real —es decir, su ser esencia de la cosa— no está sin más garantizada porque ella se muestre en la metáfora. Ello, repito, hay que verificarlo en cada caso. Y esta cuestión no pertenece a la teoría de la esencia de la metáfora, sino a las diversas ontologías. Ello no elimina, por cierto, la posibilidad de que ciertas metáforas puedan revelar la esencia de su objeto particular y así coincidir con la respectiva investigación ontológica, ser ella o guiarla<sup>19</sup>.

La descripción de la esencia de la metáfora que se ha propuesto, la muestra como *descubrimiento* en la conciencia natural de la verdad de la atribución de ciertas categorías a la cosa. La metáfora se muestra así como la operación de la verdad ante los ojos de la correspondencia de “la cosa” y “el intelecto”. Dicho de otro modo: se instuye la verdad de una correspondencia; se asiste a la coincidencia entre la significación propuesta y un aspecto de la cosa —dada en la intuición.

La metáfora es un objeto imaginario constituido por el acto de adecuación mencionado. Ella es el objeto (imaginario) intentado en este caso por la conciencia en actitud imaginante. Se inserta este objeto imaginario en el mundo imaginario en que tiene su sitio. Ahora bien, la conciencia ingenuamente reflexiva se niega a sí mismo y de este modo borra las fronteras entre lo imaginario y lo real al distinguir entre el cumplimiento del proceso metafórico en la “representación” de una cosa; lo cual no sería verdadero sino ficticio, anterior a lo verdadero y lo falso, y el cumplimiento “en la cosa misma”, que sería *realmente* verdadero. De este modo, desconoce distinciones en que, al margen de sus reflexiones, vive y ade-

<sup>19</sup>Los ejemplos de metáfora que hemos tenido en vista al realizar este trabajo son literarios. Quiere esto decir que la esencia de la metáfora se cumple en estos casos como verdad imaginaria. Ello, por cierto, no impide la posibilidad de que estas verdades imaginarias puedan también ser reales. Pero para ello necesitan que la reflexión filosófica las cumpla (o las rechace) en intuiciones en que se den como reales. Del mismo modo, es posible utilizar metáforas en el propio discurso filosófico.

más transforma (deforma) la conciencia de lo imaginario en "representación" de lo real, lo cual no es cierto y la lleva a cometer otro error: a concebir la conciencia como lugar. Pero, primero, la adecuación se cumple en la cosa misma, la objetividad imaginaria y, segundo, la conciencia no es un lugar ni un espacio análogo al lugar y espacio de los objetos reales.

La mencionada distinción de la conciencia ingenuamente reflexiva entre cumplimiento en la "representación" y cumplimiento en la "cosa" ha permitido también la distinción entre "metáforas artificiales" y "metáforas verdaderas" que se encuentra aplicada en tanto artículo y crítica pretendidamente rigurosos. Las aclaraciones anteriores, sin embargo, nos muestran el verdadero sentido del cumplimiento a la vez que nos hacen claro el carácter ontológicamente suspendido que tiene la metáfora con respecto a lo real.

La metáfora constituye, así, para la conciencia natural b) la aparición del descubrimiento (y su respectivo asombro); c) de la imaginaria *adaequatio rei et intellectus*<sup>21</sup>.

Finalmente, que el lenguaje en que se expresa la metáfora sea también descubridor sólo puede fundarse en que aquello que le permite ser expresión, a saber, la objetividad imaginaria, sea previamente descubridora en el modo descrito como metáfora<sup>22</sup>.

<sup>21</sup>No pretendo tratar aquí los diversos sentidos que ha cobrado la *adaequatio rei et intellectus*. Sin embargo, Heidegger expone convincentemente que el fundamento de la verdad es el desocultamiento del ser en virtud del estado de acierto del "Ser-ahí" (vid. & 44 de Ser y Tiempo). La *adaequatio* también estaría fundada en dicho descubrimiento. Husserl. Sobre la verdad ha dictado posteriormente Heidegger una conferencia especial —Von Wesen der Wahrheit, Klostermann Verlag, 1949—, cuya primera parte está dedicada a analizar la concepción de la verdad como adecuación de la cosa y el intelecto y a buscarle su fundamento. Despliega allí con más detenimiento lo expuesto en Ser y Tiempo. Nosotros hemos utilizado la trad. de W. Biemel y A. de Waelhens, publicada por J. Vrin, París, bajo el título *De l'essence de la vérité*, 1948. Husserl, por parte, ha establecido con entera claridad lo que concibe como el recto sentido en que ha de entenderse dicha adecuación, frecuentemente trasladada a una grosera adecuación de estructuras proposicionales y reales (más estrictamente, a una coincidencia de estructuras de 'lenguaje', de 'pensamiento' y de la realidad o 'ónticas'). Vid. Investigación Sexta.

III

EL CUMPLIMIENTO DE LA ESENCIA

6. UNA METÁFORA DE LUIS GÓNGORA: LA CONSUMACIÓN EN EL ORIGEN<sup>23</sup>

Asistamos ahora, al acontecer de ciertas metáforas; veamos cómo en ellas se revela la verdad de ciertas atribuciones en su objeto respectivo.

En la primera Soledad de Góngora, un peregrino desdeñado y náufrago ha arribado a una playa. Estruja allí su ropa y la expone al sol. Los versos correspondientes dicen:

*Desnudo el joven, cuanto ya el vestido  
océano ha bebido  
restituir le hace a las arenas;  
y al sol le extiende luego,  
quel lamiéndole apenas,  
su dulce lengua de templado fuego,  
lento le embiste, y con suave estilo  
la menor onda chupa al menor hilo.*

(vrs. 34-41)

Lo aquí dicho es que el joven estruja su ropa y la coloca al sol para que se seque. Pero nuestra manera de decir sólo nos entrega una generalización vaga de la situación, un pálido esquema del acontecimiento concreto. Los versos, en cambio, de Góngora nos traen a presencia un delicado completo de sensaciones, hacen objeto a nuestra intuición algo mucho más rico e intenso. Parafra-

<sup>23</sup>Los términos tienen aquí estrictamente valor como descriptivos del mundo imaginario de Góngora.

seándolos, tendríamos que decir que el joven extiende el vestido al sol, el cual le embiste lento y, "lamiéndole apenas" con su "dulce lengua de templado fuego", "la menor onda chupa al menor hilo". El sol le embiste. Prescindamos por el momento de la animificación del universo que informa estos versos y en general la poesía de Góngora —lo que en otro sentido es decididamente significativo. El sol embiste, pero no con la violencia y dramática concentración del toro, que cumple y concluye su acto en un breve instante, sino de modo más suave, y sobre todo, prolongado, en que el acontecimiento de embestir, implacable pero débil, no termina nunca, salvo cuando la caída de la tarde

*undosa tumba da al farol del día*<sup>24</sup>

La llegada, pues, del sol a la arena, al mar, al húmedo vestido —al joven—, es una lenta pero sostenida llegada: una llegada de su radiante cabeza en el múltiple despliegue de sus rayos, de sus leves cabellos transparentes, que, en la imaginación, prolongan lo dorado de su raíz y origen; una llegada débil pero constante, que cualquier nube transitoriamente inscrita en "los anales diáfanos del viento" interrumpe, una cálida y prolongada, poderosa pero distendida y frágil embestida de una fuerza que, demasiado poderosa en su origen para tolerar procesos, necesita, en la lejanía de la playa a que ha arribado (y que ha alumbrado) de un largo tiempo para absorber la humedad de las ropas que, lenta pero inexorablemente, consume y arrebatada, absorbiendo

*la menor onda . . . al menor hilo*

Pero no es esta metáfora la que deseamos aclarar; no es la evidencia de este modo de llegar al sol la que queremos descubrir, sino aquella en que el sol,

<sup>24</sup>Góngora, Soneto 167, de 1924. Cit. por la ed. de *Poemas y Sonetos* a cargo de P. H. U., B. Aires, ed. Losada, 1953.

*lamiéndole apenas  
su dulce lengua de templado fuego  
.....y con suave estilo  
la menor onda chupa al menor hilo.*

Ahora es la "dulce lengua de templado fuego" del sol que absorbe la menor gota, la "menor onda" al más pequeño hilo de vestido. Mas, ¿por qué el sol es ahora una lengua? Los tibios rayos del sol rozan la superficie del vestido, mojado como lo haría una cálida lengua, absorbiendo en la evaporación. Es la misma acción, lenta, pero implacable, que, de proseguirse, conduce a la consumación extrema, a la absorción definitiva en la deseable lengua del sol, origen y fin de todo. Sin embargo, lo que aquí nos interesa destacar es la atribución al sol, verdadera ante los ojos, del aspecto de "dulce lengua de templado fuego" porque absorbe la humedad lentamente, imperceptiblemente, gracias a su leve temperatura, originada en el ardor extremo del sol y sustentada por éste, que es su origen.

En otro fragmento, el mismo Góngora nos hace asistir al ocultamiento del sol en el mar de Occidente, posible porque el viento

*le corre, en lecho azul de aguas marinas,  
turquesadas cortinas<sup>25</sup>.*

como si fuera a dormir. Nuestra asombrada imaginación asiste aquí, efectivamente, a la verdad imaginaria del cerrarse de las aguas, cortinas undosas de color turquesa, sobre el sol declinante, que se hunde en su "lecho", azul de aguas marinas. Y ellos en virtud de la atribución categorial (de aspectos) de la metáfora —carácter de cortina corrediza atribuida al mar— que se cumple verdaderamente en la superficie abierta y movediza del océano,

<sup>25</sup>Góngora. "Soledad Primera", versos 424-425.

erizada por el viento, que parece cerrarse cuando tras ella, bajo ella desaparece el sol ante nuestros ojos.

#### 7. FEDERICO GARCÍA LORCA: UNA METÁFORA DE LO SENSIBLE

En otra zona de lo imaginario —la que imita el “Romance del Emplazado” de Federico García— el perseguido, lleno de insomnio y fuga sonambúlica, espera el día de su muerte entre imantados montes, mientras a su lado, tranquila, mágicamente

*Los densos bueyes del agua  
embisten a los muchachos  
que se bañan en las lunas  
de sus cuernos ondulados.*

Lo mencionado con la expresión “los densos bueyes del agua” es la fuerza de la corriente que empuja a los muchachos, lenta pero poderosa. La conciencia tiene hecha vivencia la sensación de esa fuerza y ve la verdad de la atribución de ser buey que embiste al agua, atribución que además da origen al resto de la situación. En efecto, dichos muchachos se hunden en esas fuerzas, las soportan, “y se bañan en las lunas / de sus cuernos ondulados”. Lunas que son, por una parte, el reflejo de la luz de la luna en el agua (por tanto, una metonimia de causa por efecto), y, por otra, imitación de la forma de los cuernos de un buey. Por eso, los movimientos visibles del agua son los cuernos ondulados, la extremidad emergente de “los bueyes del agua” y su sumergida fuerza. La atribución del carácter de cuerno —y no de cualquier otra forma semejante— se funda, pues, originalmente en la fuerza de la corriente, que encuentra obstáculos en las piedras, en el aire nocturno encantado por la luna, en la acción de los muchachos y en la figura incierta de las ondas —todo lo cual permite cumplir la significación “las lunas de sus cuernos ondulados” como verdadera.

8. UNA METÁFORA DE PABLO NERUDA

Asistamos, finalmente, a la "Entrada en la madera", al ingreso en la materia, entendida como fundamento, como origen por Neruda; asistamos a la visión de este acceso a la madera y a lo visto en ella. Los fragmentos escogidos dicen:

*Dulce materia, oh rosa de alas secas,  
en mi hundimiento tus pétalos subo  
con pies pesados de roja fatiga...*

*Veo moverse tus corrientes secas,  
veo crecer tus manos interrumpidas,  
oigo tus vegetales oceánicos,  
crujir de noche y furia sacudidos,  
y siento morir hojas hacia adentro,  
incorporando materiales verdes a tu inmovilidad  
[desamparada<sup>26</sup>.*

No podemos recorrer aquí el extenso viaje hacia el interior de la materia, hacia el fundamento, que constituye la "residencia en la Tierra" de este poeta y que en este caso es su viaje por la madera, pero sí podemos entender que llamar a su vida "rosa de alas secas" es traer ante nuestros ojos la verdad de su crecimiento, de su lento florecer en pétalos de madera, lento, mucho más lento que el breve florecer de la rosa —tantas veces comparada a la vida humana—, pero destinado también a perecer en su fondo de materia indiscernida. No en balde los pétalos de la rosa están reem-

<sup>26</sup>Pablo Neruda, "Entrada en la Madera", in *Residencia en la Tierra*, B. Aires, Ed. Losada, 1941. Sobre *Residencia en la Tierra* véase Amado Alonso, *Materia y Forma en la Poesía de Pablo Neruda* (B. Aires, Ed. Losada, 1941) y últimamente Jaime Concha, "Interpretación de Residencia en la Tierra", in rev. *Mapocho* (1, N° 2, julio de 1963).

plazados por "alas", que sin duda vuelan hacia abajo, planean su existencia señalada hacia la indeterminación.

En el segundo fragmento citado, el hablante asiste a este crecer, a esta extensión de la madera, a la que se dice: "veo moverse tus corrientes secas" porque se atribuye al fluir también a esta aparente inmovilidad, que en verdad es movimiento, es un momento que crece hacia su consunción, demorado y, por eso, dulce, mientras en el exterior el rumor de las hojas nos habla de la violencia de los vientos y la tormenta, de los elementos desencadenados en mutua destrucción, que no es sino aparente, ya que desde mucho antes, desde el origen, su interior se encuentra en permanente y verdadera nadificación.

#### 9. RESUMEN. EXTENSIÓN TEMPORAL Y METÁFORA. METÁFORA Y SÍMBOLO

La estructura de la metáfora como fenómeno de la conciencia natural es, pues, la evidencia ante los ojos de la *adaequatio rei* (datos de la intuición) et *intellectus* (categorías). La metáfora es así un modo de acontecer la verdad. Del hecho de que la metáfora sea un acontecimiento se desprende, además, que ella ocurre "en cierto tiempo", que es temporalmente extensa. La descripción de esta temporalidad no será, sin embargo, emprendida aquí y requiere de reflexiones en extremo cuidadosas. Queda intocada, también, la posibilidad de investigar la posible función simbólica de la metáfora, que se establecería así entre un acontecimiento y lo simbolizado por éste. Un símbolo constituido de este modo se establecería, pues, entre puras objetividades, entre puras imágenes, al margen de lo lingüístico. Si ocurriera en literatura habría que decir que en ella el símbolo es una "imagen" en que acontece una verdad. Por último, como ya se señaló, la metáfora al desplegar y hacer evidente la verdad de una adecuación, requiere, para ser realmente vista, una conciencia en que advenga el asombro.

Cuando este asombro no se produce —como en el caso de las metáforas lexicalizadas— tampoco la intuición es metafórica, aun cuando un análisis posterior, al mostrar su estructura de tal y hacer evidente el carácter defectuoso de la intuición primera, que no habría sido capaz de imitar adecuadamente la objetividad propuesta, produzca espontáneamente la intuición correcta.

\*

La descripción de la metáfora estrictamente como fenómeno de la conciencia natural ha de moverse, pues, dentro de estos límites. Es posible que las distinciones logradas no sean del todo exactas; más aún, en el tiempo que ha mediado entre la redacción de este trabajo y su publicación inminente, una apropiación teórica más lúcida del fenómeno y nuevas reflexiones han permitido superar en mucho estas exposiciones, pero un mérito conservan: que han conseguido dirigir los estudios sobre la metáfora hacia el dominio que les corresponde. En relación al resto, como dice Heidegger: “Quienes piensan, aprenderán más a partir de las deficiencias”<sup>27</sup>.



<sup>27</sup>M. Heidegger, Prólogo a su 2ª ed. de *Kant y el Problema de la Metafísica*. Cit. por la trad. esp. del Fondo de Cultura Económica, México, 1954, p. 7.